

S.
C. del Rio y Rodriguez
Academia General de Ciencias



MINERVA

Semanario Científico, Literario y de información

Redacción y Administración
Castellanos, 1

Suscripción mensual: 30 cénts.
Número suelto..... 10 »

Toda la correspondencia se dirigirá a la Administración

Año I

Valdepeñas 18 de Marzo de 1914

Núm. 7

VICIOS SOCIALES

Muchas veces he pensado cual de los vicios que por desgracia invaden desde las grandes Ciudades hasta las pequeñas aldeas, será el peor: cual será, el que más crímenes morales y hasta materiales proporciona, y siempre han desfilado por mi imaginación, alcohólicos y jugadores.

Los primeros idiotizados, apenas si saben el móvil que les llevó a tan estúpido estado; generalmente tratan de justificarse con alguna razón de puro egoísmo y de manifiesta cobardía: Beben por que se sienten débiles para luchar contra las muchas dificultades que presentan la vida. Beben por que de esa manera creen apartar de su imaginación todas las preocupaciones que, los innumerables problemas morales, económicos y sociales proporcionan, y que como hombres están obligados a resolver; beben por que de esa manera borran de su mente los vergonzosos fantasmas que le presenta implacable la conciencia en lucha desesperada por su honra y no ven estos desgraciados que bebiendo pierden la poca fortaleza que para la lucha por la vida tenían, que las preocupaciones y problemas aumentan y que los fantasmas se multiplican.

La embriaguez es un suicidio mucho más lento y hasta más deshonroso.

El primer crimen moral es perder su razón ó por lo menos atrofiarla en tales términos que las incapacita para todo trabajo.

Todo alcohólico tiene perdida su salud y sus energías.

Como todo cuanto poseen lo necesita el vicio, tienen desatendidos los más sagrados deberes, hasta el punto de abandonar a sus hijos ó peor aún, dejarlos morir de hambre, presentándose ante sus ojos de inocencia en situación tan vergonzosa, que las pobres criaturas tratan de ocultarse como si con ellos ocultasen la deshonra que su padre viene pregonando.

Veo desfilan por mi imaginación escenas horribles. La sufrida esposa, madre santa, sufre como una mártir. Se casó con él por que le quería con toda su alma y ahora que le vé pre-

cipitarse por la pendiente del vicio, cruzan por su mente muy negras ideas. Sus hijos, que son su vida, se le mueren de hambre y de frío. Los requerimientos de esposa amante, son contestados con crueldades ó cuando más con indiferencia; pero apesar de todo, le quiere y es una madre cristiana, y no puede consentir que á sus hijos les falte lo necesario para vivir, pero se revela todo su espíritu á proporcionárselo con su deshonra. Lucha con desesperación y vencen su dignidad y sus creencias.

Los jugadores, tienen por lo general muy poca voluntad y mucha ambición. Casi todos reconocen los muchos perjuicios que el juego les proporciona, también saben que lejos de mejorar su situación, es la causa de su ruina; únicamente ven al que ellos llaman afortunado, por que gana, que yo considero más desgraciado, por que es más difícil renunciar al vicio ganando, que renunciar al vicio perdiendo; y como ese período de la suerte no es indefinido, cuando se termina y pierde, á medida que la ganancia haya sido de más duración y más intensa, son más los compromisos adquiridos á los que difícilmente puede renunciar el jugador, creándose entonces una situación tan difícil, que generalmente termina por el suicidio en aquellos que han sido honrados y por el crimen los que no lo fueron.

¡Que conflictos y cuántas amarguras por no tener la voluntad suficiente para dominarse!

¡Que tormento más horrible para un padre que en el ocaso de su vida piense en sus hijos á los que podría ver en posición brillante y por su culpa los vé en deplorado estado!

¿No agradecería este padre, para purgar su imprevisión, que sus hijos le recriminasen pues su silencio y su mucha prudencia doblemente le mortifican?

Este, como todos los vicios, alcanza desde las clases más elevadas hasta las más humildes. A la sombra de los grandes casinos y círculos, que con su influencia atropellan las leyes, viven los tahurios y chirlatas, en donde cae inocente el pobre trabajador, dejándose el jornal que ansiosa espera la familia para poder comer al día siguiente.

Estos vicios que pueden considerarse como enfermedades endémicas de la sociedad que vivimos, son pro-

ducto por una parte, de la falta de educación síquica y por otro de la apatía de nuestros gobernantes.

Creo firmemente que las sociedades de carácter moral y económico pudieran extirpar casi en absoluto estos males.

Todos sus reglamentos los condenan y si cumple con rigor la pena que les corresponde; los viciosos son expulsados por sus repetidas faltas ó se marchan por que no encuentran el ambiente de vicio que ellos necesitan; de esta manera se logra localizar el vicio, aislar á los inmorales, curar á los que no están empedernidos y librar del contagio á los que están sanos.

Pero aun tienen estas Sociedades otra función importantísima que disminuye notablemente el vicio, y es la educación del alma sacar hombre con voluntades de bronce, inspiradas por corazones sanos y nobles sentimientos. La creación de escuelas por estas instituciones unidas al ahorro escolar, son de resultados tan satisfactorios, como ciertos. Educados los niños en la previsión y el ahorro, llegan á hombres blindados contra los proyectiles del vicio.

De desear es el fomento de estas instituciones pues su fomento es el de la patria.

ISAIAS ROLDAN

MENENDEZ Y PELAYO

educador de almas

Nunca pongo tan íntegra fervorosamente mi espíritu en mis palabras como al dirigirme á la Juventud en la cual reside en germen y en potencia el porvenir de la patria. Nunca me negué á demanda de trabajo que en nombre de la Juventud me fuese dirigida; ni nunca tampoco pude ofrecer á los jóvenes que marchan cara al sol del ideal y de la esperanza tan alto y confortador ejemplo como el del maestro gloriosísimo, con cuya muerte hemos perdido más que si nos hubieran arrebatado gran parte de la sagrada tierra nacional; porque Menéndez y Pelayo, como tan bien ha dicho, condensando el general sentir, nuestro poeta Ricardo León: «era la patria». Y era lo mejor, lo más excelso de la patria, su inmensa alma rediviva en los labios de aquel Atlante intelectual que piedra á piedra, reconstruyó nuestro pasado; no

para ponerlo ante nuestros ojos como romántica visión enervadora, para asentarle como base de un porvenir digno de la raza que poseyó más tierra y más espíritu entre todas las de la historia.

Porque fué virtud excelsa del maestro aquel su fervido españolismo que hizo de cada una de sus obras al par de una resurrección histórica, una soberana apología del genio nacional; así *La Ciencia española*, así *la Historia de las Ideas estéticas*, así las dos Antologías de poetas castellanos, é hispano-americanos, así los *Orígenes de la novela* y así los asombrosos preámbulos y comentarios á las obras de Lope de Vega, que fué también reedificador ciclópeo de la epopeya nacional. Juntamente con el soplo que resucita, fluye de los labios del maestro el himno arrebatado que saluda con acentos de altísimo poeta la aparición de cada una de aquellas grandezas nuestras que él iba exhumado del olvido y arrancando con vencedoras manos á la muerte. No se contentó, pues, con desenterrar nuestro pasado, supo con alienos creadores devolverle su vida y su alma propias; supo hacérselo amar como si hubiera sido el contemporáneo de todos los siglos y nos contase con cautivadora amenidad las sorpresas y emociones de su gran viaje á través de las edades.

Pues aunque él, tan celoso de la altura científica de la crítica, y tan noblemente empeñado en contrastar con la persuasiva moderación de su estilos (según escribió de su maestro Milá) el influjo enervante de la retórica esteril y de la erudición inexacta y confusa, protestase de que renunciaba á deleitar (1) aunque pareciese empeñado en reducir á austera disciplina su espíritu, y en hurtar á su labor científica el gran poeta que respiraba en él, no le hurtaba: sino que cuanto más le comprimía dentro de su sabio laconismo, rebosante de erudición y de ideas, tanto más clara y resplandeciente brillaba dentro de su sóbrio y noble estilo la poesía, encendiendo en llamas interiores y en lumbres de lo alto su palabra vivificadora.

Así no será posible evocar la obra de nuestro gran filósofo sin evocar juntamente al autor que era una misma carne con ella.

(1) «Introducción á la Historia de las ideas Estéticas».